

EL NUEVO

PENSIL DE IBERIA.

PERIODICO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

3.^a ÉPOCA.

SÁBADO 10 DE JULIO DE 1858.

NÚM. 28.

Lo viejo y lo nuevo.

Todo lo viejo por una fuerza irresistible, va desapareciendo de sobre la faz de la tierra.

No examinamos con profundidad una materia antigua, que no nos dé por resultado inmediato su descomposicion, y que tarde ó temprano tiene que pasar, para no volver nunca bajo la misma forma.

En todo cuerpo organizado es muy difícil volver las funciones á sus partes componentes, una vez descompuestas. Podemos considerarlo como una máquina de relojería, que fuera de su centro de actividad la mas pequeña rueda dentada, ó separada de su curso alguna pieza, por ínfima que sea, el reloj se pára; deja de efectuarse la vida que le animaba, y entra la muerte.

Ahora bien, este reloj que ha salido tan perfecto de las manos del artista, cuyo mecanismo bien dispuesto le hace marchar con uniformidad y arreglo, llega un día que se inutiliza por su mucho servicio ó antigüedad.

Conozco un cuerpo muy *social*, que siempre le tenemos en nuestros labios, que infinidad de *médicos* han querido y quieren curarlo, y hasta el día, por mas medicamentos que le han aplicado no han podido adelantar un átomo en su mejora; al contrario, siempre de mal en peor.

Esto parecerá extraño á primera vista á nuestros lectores; pero reflexionando un poco, no lo es; todos los que le han podido aplicar sus conocimientos, han sido los que nosotros en el lenguaje científico llamamos *far-santes*, y en el popular tiene otra calificación mas dura y que yo no me atrevo á estampar en este escrito. Y cómo habrían de salir adelante con su empeño, si ni aun han sabido ó no han querido caracterizar ese mal?

Esa gangrena corruptora que le hace entrar en putrefaccion, esa desorganizacion completa de las partes que lo componen, esos miasmas pútridos que se exhalan á cada instante de su interior, hacen que ellos mismos participen tambien de su enfermedad, y colocados en las mismas circunstancias, miran antes por sí, despues por sí y siempre por sí.

En el estado en que se encontraba ya este *cuerpo*, se necesitaba una persona de mucha disposicion, un gran *profesor*, que tuviera la propiedad de ver de lejos, examinar de lejos y que sin desmayar un solo instante, resolviese ese gran *problema*. Le hemos tenido, y célebre entre los célebres, su nombre es conocido en toda la humanidad, haciendo hoy sus discípulos con la *fórmula* por el despejado talento de este gran maestro descubierta, toda clase de esfuerzos, porque se adopte su *plan*.

No es esta la ocasion de poder desarrollar éste, y aunque quisiéramos, los estrechos límites de un periódico, no nos lo permitirian. Indicarémos sí, su fundamento y harémos ver el distinto rumbo que ha seguido de todos los demas. La combinacion de diferentes *simples* para formar un *compuesto* ó *misto* y aplicarlo como remedio á esa enfermedad, ha sido la base ó fundamento de todos los que ni aun han podido hacer que por un instante, cesen sus dolencias.

Risa causa tanta ceguera; compasion merecen y nada mas que compasion, los que piensan que este remedio podria curarlo.

Vemos un árbol *viejo* y queremos darle vida por medio del injerto; á nadie se le ocurre tomar un vástago caduco, lleno de virus, y que con dificultad corra la savia fecundante por medio de sus tejidos. El que tal hiciese seria una persona que apenas reflexionase y sin idea ninguna de tal operacion. El buen arboricultor buscaria una parte sana, buena, robusta, y lo principal *nueva*. Sí, nueva, porque la juventud es la vida; la juventud es nuestra esperanza, nuestro objeto directo y á quien dedicamos nuestros estudios.

A la union de la savia del ser *viejo* con el *nuevo*, este pierde su valentía, su fuerza, su pujanza, y los *frutos mistos* no tienen ni color, ni olor, ni sabor natural; sino todo compuesto, todo misto, todo anti-natural. Y si obtenemos este resultado, por qué hemos de consentir que un ser bueno pierda su bondad, sus propiedades y su esencia?

Si el injerto se verifica con un *patron* nuevo y un vástago tambien nuevo, sucede lo mismo; esas variacio-



nes, esa mezcla, esa combinacion, destruye la naturaleza esencial de uno y otro ser.

Pues bien, ved aquí lo que han ideado, lo que han hecho y hacen los muchos que lo han querido y lo quieren curar, para el tratamiento de una enfermedad cuyo remedio es antítesis de este. Y es lo cierto; porque ya ese gran problema, ese remedio bosquejado como hipótesis, lo tenemos como tesis y lo que han hecho y hacen en contrario, es una aberracion, un contrasentido, es, lo antítesis. El que se ha encontrado despues de muchos años, de profundos estudios y de grandes impedimentos, se funda en la aplicacion de lo nuevo, sin mezcla, sin union, en su estado de pureza y conteniendo en su interior, la soberbia fuerza de sus moléculas, no destruida por sustancias antiguas y estrañas.

Si como el que descubrió este plan hubieran vuelto los ojos á otra parte, encontrarían que el mal no está en el árbol, sino en los factores que lo componen; esto es, en la tierra que le rodea y le da el alimento necesario á su nutricion; esta tierra viciada, estéril y esquilada por otros seres, no puede dar sino vicio, esterilidad, muerte. Por el contrario, trabajando sobre ella, estimulándola y mejorándola con buenos y nutridos abonos, la vida vuelve al ser, sus órganos funcionan con libertad y soltura, los miasmas pestilentes se disipan y la regeneracion de ese cuerpo es completa.

Este es el fundamento de la fórmula descubierta por ese gran maestro; la misma que siguen sus discípulos y la que hará desaparecer los males que aquejan á la humanidad.

H. CUENCA Y ARIAS.

LOS INSECTOS.

Las hormigas.

II.

SUS GANADOS: SUS ESCLAVOS.

(Continuacion.)

Cuando por primera vez supimos por la lectura de Huber, el hecho singular y prodigioso de que ciertas hormigas tienen esclavos, quedamos llenos de asombro (y lo mismo ha sucedido á todo el mundo á tan estraña revelacion), pero sobre todo quedamos heridos y contristados. Cómo! dejamos la historia de los hombres para buscar la inocencia; confiamos hallar al menos entre los brutos, la justicia igual de la naturaleza, la primitiva rectitud del plan de la creacion; buscamos en este pueblo que hasta aquí habíamos querido y estimado, pueblo laborioso, sóbrio é imágen severa y atractiva de las virtudes de la república.... y hallamos este hecho que no sabremos cómo calificar! Qué alegría y qué triunfo para los prosélitos de la esclavitud, para todos los amigos del mal!—Infierno y tiranía, reid y regocijaos!...

Una negra mancha se ha descubierto en la magnificencia de la naturaleza.

Arrojamos el libro de Huber y jamás otro alguno nos habia parecido tan odioso. Perdon, ilustre observador, vuestro abuelo y vuestro padre nos habian encantado, arrebatado. El primer Huber, el gran historiador de las abejas, habia acrecentado la religiosidad en los hombres y conmovido nuestro corazon; pero el Huber de las hormigas lo habia desgarrado.

Era, pues, un deber nuestro el volver á examinar su obra con mas detencion. Un insecto inmoral, maquiavélico y perverso necesita ser examinado.

Basta ver las hormigas demagradas, brillantes y embarnizadas para suponer que son los mas adustos, los mas ardientes de todos los seres. Su singular acritud está comprobada por la química, que ha sabido estraer de su cuerpo el corrosivo ácido fórmico. Cuando están en peligro, lo lanzan á veces como un veneno á sus enemigos, y lo emplean en ciertos casos para secar, ennegrecer y abrasar casi los árboles donde construyen sus moradas. ¿Y una sustancia tan destructora para los demás no lo es para ellas mismas? Estamos tentados por creer que sí, y atribuiríamos á esta acritud la estrañada avidez que manifiestan por la miel y otras materias que la dulcifican. Las hormigas de Méjico, en un clima favorecido sobre todos, tienen dos clases de obreras: las unas que van á buscar las provisiones, y las otras inactivas y sedentarias, que las elaboran y hacen de ellas una especie de miel de que todas se nutren. Las hormigas de nuestros climas, incapaces en su mayor parte de hacer miel, satisfacen la necesidad que tienen de ella, ordeñando ó lamiendo una especie de mielecilla de los pulgones, inertes animales que, sin trabajo y por solo su particular organizacion, la sacan de los jugos azucarados de toda clase de plantas. La trasmision de esta miel á las hormigas se verifica sin violencia y como en virtud de un mútuo consentimiento; tiene lugar por una especie de cosquilleo ó friccion suave, como la que ejecutamos para ordeñar una vaca. Estos pulgones, colocados en el límite extremo de la vida animal, de organización fluctuante, viviparos en estío, ovíparos en otoño, son unas humildes criaturas, prodigiosamente inferiores en inteligencia á las hormigas. El microscopio los presenta siempre encorvados y siempre paciendo: su actitud es la de los ganados. Estos pulgones son las vacas de leche de las hormigas, y para aprovecharse de ellas en todo tiempo, los trasportan á su hormiguero donde viven en maravillosa union; cuidan de sus huevos; facilitan su incubacion y practican guaridas á los pulgones adultos en sus vegetales favoritos. En situaciones en que habria dificultad para trasportarlos y colocarlos en esa especie de establo, los apriscan en el mismo sitio y construyen unos cilindros de tierra con los que envuelven las plantas de que se han de alimentar. Se puede llamar esto los parques, las queseras de las hormigas. Allí van á ciertas horas á ordeñar sus ganados, y algunas veces llevan consigo sus hijuelos para distribuirles mas cómodamente el alimento. Asistimos con mucha frecuencia, por la tarde especialmente, á estas escenas holandesas, á las que no falta hasta ahora mas que un Pablo Potter de las hormigas. Y nótese que estos pulgones, ora trasportados, ora apriscados en un mismo lugar, tienen la ventaja inapreciable de estar garantidos y defendidos por la formidable república. Si el leon de los pulgones, (así se llama un pequeño gusano, ú otras salvaginas, osasen aprovecharse del ganado de las hormigas, sentirían cruelmente sus fuertes man-

díbulas y el ardiente ácido fórmico.

Hasta aquí ningún reproche les podemos lanzar; estos son ganados y no esclavos. Ellas hacen lo que nosotros hacemos; usan del privilegio de los seres superiores, y usan de él con dulzura y con mas consideraciones que el hombre.

Mas hé aquí el punto delicado. Hay dos especies de hormigas bastante grandes, que por lo demas no se distinguen del resto y que emplean como domésticas, nodrizas y cocineras á pequeñas hormigas que tienen mucho mas arte é ingenio. Este hecho raro que parece debería cambiar todas nuestras ideas sobre la moralidad animal, ha sido observado al principio de este siglo.

Pedro Huber, hijo del célebre observador de las abejas, paseándose por una campiña cerca de Ginebra, vió en el suelo una gruesa columna de hormigas *semi-rojas* que iban en marcha, y se decidió á seguir las. Por los flancos algunas iban y venian solícitas, como para alinear la columna. Al cuarto de hora de marcha, se detuvieron delante de un hormiguero de pequeñas hormigas negras, y un encarnizado combate se trabó á las puertas. Las negras resistian, aunque en pequeño número, pues la mayor parte del pueblo atacado huía por las puertas mas distantes, llevándose consigo los hijuelos. De estos precisamente era de lo que se trataba, y las negras temian y con razon que se los robasen. Muy luego vió á las saltadoras que habian podido penetrar en el hormiguero, salir cargadas con hijos de las negras. Se hubiera creído estar viendo en las costas de Africa un desembarco de negreros. Las *semi-rojas*, cargadas con este vivo botin, dejaron la pobre ciudad sumida en la mas profunda desolacion á consecuencia de esta gran pérdida, y volvieron á tomar el camino de su morada, hacia donde las seguia el observador conmovido y conteniendo casi la respiracion.

—¿Pero cuál seria su asombro cuando, á las puertas de la ciudad de las *semi-rojas*, una pequeña poblacion de hormigas negras vino á recibir á las vencedoras y á prestarles ayuda para que descargasen el botin, acogiendo con visible alegria aquellos hijos de su raza que, sin duda alguna, debian continuarla en tierra estraña!

Hé aqui una ciudad mista donde viven en buena armonia hormigas fuertes y guerreras y pequeñas negras. ¿Pero qué hacen estas? M. Huber no tardó en observar que ellas solamente lo hacian todo: solas construian; educaban solas los hijos de las *semi-rojas* y los que estas les traian de su especie, y solamente ellas administraban la ciudad, servian y alimentaban á las *semi-rojas*, que, cual mimados y gigantescos hijuelos, indolentemente se hacian dar el cebo por sus pequeñas nodrizas. Aquellas no hacian ningún trabajo sino el de la guerra, el robo y sus piraterias de negreros; ningún ejercicio en los intervalos, sino el vagamundear viciosas y solazarse á la puerta de sus casernas. Lo mas curioso es ver á esos ilotas civilizados querer á sus bárbaros guerreros y cuidar á sus hijos; cumplir con alegria las obras de servidumbre, y fomentar los robos de los hijos de las de su raza.— ¿Tiene todo esto la apariencia de un libre consentimiento en virtud del orden de cosas establecido? ¿Y quién sabe si los goces, el orgullo de gobernar á los fuertes, no es para las negras una satisfaccion interior, esquisita y muy superior á todas las que les pudiera legar la igualdad de la patria?

M. Huber hizo una experiencia. Quiso ver lo que sucedería, si las *semi-rojas* se hallasen sin servidoras y si ellas sabrian servirse á sí mismas. Pensó que quizá estas degeneradas podrian abandonar su degradacion por el amor maternal, tan intenso en las bormigas. Colocó al

efecto algunas de ellas en una caja guarnecida de vidrios, juntamente con algunas ninfas. Desde luego trataron instintivamente de moverlas, de mecerlas á su modo; pero al momento se apercibieron, no obstante el vigor que aparentaban, de que este era un peso muy difícil de manejar; las dejaron allí tiradas y las abandonaron. ¿Pero qué tiene esto de particular cuando ellas se abandonan á sí mismas? M. Huber les habia puesto miel en un rincon; de modo que no tuvieran que hacer mas que tomarla. ¡Miserable degradacion! ¡Castigo cruel que la esclavitud impone á los señores! Ni aun se atrevieron á tocar la miel; parecia que no conocian nada; se habian convertido tan groseramente ignorantes é indolentes, que no podian ya tomar la comida, y una porcion murieron en presencia del alimento. Entónces, Huber, para completar la experiencia introdujo una negra solamente. La presencia de este sabio ilota cambió todo, restableciendo la vida y el orden. Se dirigió al sitio donde se hallaba la miel; alimentó despues á las imbéciles moribundas; hizo una especie de casita en la tierra y colocó en ella la cria; preparó la incubacion; vigiló los capullos, y finalmente, condujo á puerto de salvacion á un pequeño pueblo que, bien pronto laborioso, debia favorecer á su nodriza. ¡Dichoso poder de la inteligencia! Un solo individuo habia hecho revivir la ciudad. El observador comprendió entónces que con tal superioridad intelectual, estos ilotas debian en realidad soportar fácilmente la servidumbre, y gobernar quizá á sus amos. Un estudio asiduo le demostró que asi era en efecto. En muchas casas ejercen las negras una autoridad moral cuyos signos son muy visibles; ellas no permiten, por ejemplo, á las *semi-rojas* emprender solas correrías inútiles, y las obligan á volver á entrar en el hormiguero; ni aun en corporacion son libres de salir estos guerreros, si sus sabios, pequeños ilotas no juzgan el tiempo favorable, si temen una tempestad ó si está para declinar el dia. Cuando una escursion tiene mal éxito y las *semi-rojas* vuelven sin botin, las negras que están á las puertas de la ciudad les impiden la entrada y las vuelven á mandar al combate. Con frecuencia se las ve coger á estos mandrias por el cuello y forzarlos á volverse á poner en marcha.

Hé ahí hechos sorprendentes, tales como los vió el ilustre observador. Sin embargo, no dió crédito á sus ojos, y llamó en su auxilio á uno de los primeros naturalistas de la Suiza, Mr. Jurine, para examinar de nuevo y decidir si se habia engañado. Este testigo y todos los que observaron despues, hallaron que no se habia equivocado.

(Continuará.)

Necesidad de estudiar á los economistas modernos.

Todos los pueblos han sido en épocas mas ó menos remotas, objeto de sangrientas invasiones. Han caido unas razas sobre otras; y se ha establecido entre las vencedoras y las vencidas una division profunda. Para las vencedoras, la libertad, la propiedad, el mando; para las vencidas, la servidumbre y el trabajo.

Han aspirado mas ó menos tarde las vencidas á revindicar sus derechos; y lo han ido alcanzando, ora prevaleciéndose de las discordias ó la penuria de sus enemigos, ora poniendo á su servicio las nuevas creencias religiosas, ora imponiéndose por la fuerza de las armas. Las revoluciones no han tenido nunca otro móvil; en la apariencia

políticas han sido todas en la realidad sociales.

Han dado muestras de gran tenacidad esas razas vencidas; mas han debido batirse con poderes que tenían echadas profundas raíces y disponían de grandes fuerzas. Su emancipación ha sido gradual, muy lenta; y, hoy después de tantos siglos, no está definitivamente realizada. Han llegado á la propiedad algunas de sus clases; no todas ni las mas numerosas, si ayer siervas, hoy aun proletarias.

¿Es siquiera probable que se detenga aqui nuestra revolucion económica? Todo principio admitido en la práctica llega en mas ó menos tiempo á la última de sus consecuencias: la igualdad, de condiciones de trabajo, es el último término de la revolucion que atravesamos.

¿Los medios? preguntan algunos.

Ciertos escritores extranjeros han tomado por objeto de sus investigaciones precisamente los medios de regenerar las clases que dependen del salario. No porque se hayan estralimitado é incurrido en graves errores, han dejado de estender su luz sobre muy densas tinieblas. Si no son aun la verdad, son por lo ménos sus precursores: se hace indispensable conocerlos. El nudo existe, y los economistas le declaran indisoluble, partiendo de una idea marcadamente falsa sobre la fisiología de los pueblos; conviene, á falta de otros, analizar los sistemas propuestos para desatarle.

Esos sistemas, se ha escrito y repetido, son todos condenables *á priori*; no vienen á salvar la sociedad, sino á devorarla. La familia es una institucion de Dios; la destruyen. La propiedad es la base material de la familia: la concentran en manos del Estado. La tendencia constante del hombre es á individualizarse: le hacen desaparecer en una especie de panteísmo político. Todo sistema contrario á nuestros fines naturales, está juzgado por sí mismo; no es digno de exámen.

No disputaremos la bondad de los argumentos; negamos, sí, que sea justo formularlos contra el cuerpo del socialismo. El socialismo, es decir, las teorías comprendidas bajo este nombre, son distintas y contradictorias, aunque enlazadas por la entidad de objeto: imposible de todo punto confundirlas en un mismo juicio. Proudhon es la mas viva personificación del individualismo; Cabet, con ser comunista, difiere de la monogamia y deja en pié la familia; Olinde Rodriguez destituye del pontificado sansimoniano á Enfantin, solo por haber erigido en principio la promiscuidad de sexos. Niegan la propiedad privada el sansimonismo y el comunismo; la afirman las demas escuelas. El mismo Proudhon, el autor de la célebre fórmula *la propiedad es el robo*, la quiere libre, eterna, trasmisible hasta por testamento y por derecho hereditario. La despoja solo de la facultad de producir sin trabajo, reclama como un acto de justicia la abolición de la renta.

La pasión, mas que la razón, ha inspirado el anatema en que se han envuelto indistintamente las teorías sociales. Las clases medias empiezan á sentir contra el proletariado la aversion y los celos con que las mira la aristocracia; arrastradas por la voz de sus intereses, condenan involuntariamente cuanto puede convenirle al logro de sus deseos. Importa mucho que no den oídos á esa voz engañosa.

La familia, la propiedad, la personalidad de hombre, son indudablemente sagradas: nada que tienda á destruirlas es digno de consideración ni de respeto. Mas hay diferencia entre destruirlas y modificarlas. La familia de nuestros tiempos es casi la antítesis de la griega y la romana. La propiedad no ha presentado un mismo carácter ni gozado de los mismos derechos en todas las épocas

ni en todos los pueblos. La personalidad del hombre después de haber pasado por una serie de evoluciones, no está aun en armonía con la del Estado. Todo sufre una elaboración continua en el seno de la especie humana; y nada nos indica que esta elaboración haya llegado ni esté por llegar á su término. La propiedad en nuestros mismos dias ha sufrido hondísimas reformas: las leyes de desamortización y expropiación forzosa, le han impreso un nuevo sello y alterádola esencialmente. La determinación de la personalidad del hombre es uno de los constantes objetos de nuestra revolucion política. La familia ha recibido un nuevo ser del cristianismo, y se está desarrollando dentro de sus nuevas condiciones.

Se abriga un miedo pueril por ciertas reformas. No se debe temer tanto que se realicen, como que se empiecen sin haber sido debidamente preparadas. No solo no se estudian en España los sistemas sociales, se impide que se les traduzca: mal sin duda gravísimo. Cunden las ideas al través de todos los obstáculos, pero viciadas, y lo que es peor, sin correctivo. Introducen la confusión en los ánimos, y son á la larga motivo de grandes perturbaciones. No las mejores sino las peores suelen encarnarse en los pueblos. ¿Por qué se ha de prohibir que se las discuta libremente?

En Inglaterra se han defendido los sistemas sociales á la luz del dia; no solo defendido, sino aplicado: testigos los establecimientos manufactureros de Mew-Lanark y Orbiston. El socialismo en Inglaterra no ha provocado jamás desórdenes. No los ha producido tampoco en la América del Norte, y tiene allí Cabet su Icaria, Considerant su falansterio, ha tenido Roberto Owen su New-Harmony. ¿Qué propaganda tan activa no se ha hecho por otra parte en Francia! El sansimonismo ha podido establecer sin dificultad su iglesia; el fourierismo su escuela; y han publicado uno y otro á centenares, las obras y folletos; sobre todo, después de la revolucion de julio. Leroux espone y defiende sus doctrinas desde el año 26. Proudhon desde el 37, Cabet desde el 40. Las cuestiones sociales han logrado poner á su servicio, no solo el libro, sino el diario y la novela. Llega sin embargo la explosión del 40, y se amenaza con la pena de muerte al ladrón desde el pié de las barricadas, victorean la propiedad los mismos que proclaman la república. La idea por sí, ¿á qué escisiones no dió lugar en Francia? Las sangrientas jornadas de junio, no al socialismo, sino á las esperanzas temerariamente encendidas por el gobierno provisional, fueron debidas. Frustradas por un decreto tan lisonjeras ilusiones, armó la desesperación el brazo de las clases jornaleras.

Donde hay luz para todas las ideas, ninguna se impone á la nación que no haya sido depurada en el crisol del debate. ¿Prevalecen allí jamás los sistemas falsos? Se desconfía injustamente del criterio de los pueblos. Nada en el mundo ha sido objeto de una tan constante é ilustrada predicación como el comunismo. Génios como Platon se han dedicado á formularle. Cristo le ha establecido entre sus apóstoles y apoyádola mas ó menos directamente con la autoridad de su palabra. Hombres que cuenta la Iglesia entre sus santos, le han presentado como la organización social mas perfecta. Almas como la de Fenelon, le han cubierto con el velo mágico del sentimiento y la poesía. Tomás Moor, Campanella, Mably, Cabet, le han ido acomodando al estado intelectual de las naciones modernas. Ni la palabra ni el ejemplo han logrado hacerles jamas la aspiración comun de ninguna sociedad constituida. Ha sido establecido en algunas; pero solo por dictadura; aspiración comun lo ha sido en sectas

como la de los pitagóricos, los esenios, anabaptistas, los moravos, jamás de todo un pueblo. Aun su misma influencia, mas que en los pueblos se ha dejado sentir en los gobiernos.

Los pueblos se han mostrado constantemente refractarios á una idea que al parecer tanto debia halagarlos: su personalidad les ha hecho protestar instintivamente contra sistemas que la anonadaban. ¿Se quiere una prueba mas evidente del poco peligro que ofrecen las ideas sociales, aun las mas exageradas? Las ideas sociales son indudablemente mas ocasionadas á trastornos hoy que en los tiempos de Platon ni en los de Morus; cuando está en pié un problema, deseosos los que sufren de encontrarle solucion, las abrazan con facilidad y trabajan asiduamente por verlas pronto realizadas. Mas ¿dónde no sucederá naturalmente que sea el pueblo mas fácil en abrazar las falsas, donde se les cierre la entrada ó donde se les abra y quepa discutir las libremente?

Aun cuando esos sistemas sociales contuviesen las mas crasas aberraciones, cuando fuesen la negacion clara y decidida de todos los vínculos sociales, seria hoy una necesidad sujetarlos á amplios y solemnes debates. Ni Saint-Simon, ni Fourier, ni Proudhon, ni ningun otro jefe de escuela han sido inteligencias vulgares, merecedoras de desprecio. Se han levantado todos á muy altas concepciones é impreso fuertemente su huella en el terreno ya de la historia, ya de las ciencias físicas, ya de la filosofía. No es de suponer que en sus sistemas no hayan hecho dar algun paso al problema. Háyanle hecho dar ó no, hasta lo falso de sus teorías podria hallar eco en muchos hombres. Su estudio como su discusion son de todos modos indispensables: indispensables para marchar de frente á la estincion del proletario, indispensables aun para salvar los intereses creados por la revolucion y privar á los hombres de lo pasado de una de las poderosas armas de partido.

El estudio de la cuestion no es de seguro fácil. Simplemente para analizar con fruto los sistemas de que tanto hemos venido hablando en este artículo, se necesita tiempo, voluntad decidida y una atencion muy seria. Son pocos los reformistas que como Cabet han formulado de un golpe toda su teoría. Cuanto mayor ha sido su talento, tanto mas largo y tortuoso el camino por donde han llegado á la concepcion clara y completa de su reforma. Saint-Simon, despues de muchas y muy costosas investigaciones, murió sin dejar un cuerpo cerrado de doctrina. Proudhon, en los momentos que escribimos, está aun distante del término de su carrera. Han ocupado todos muchos é importantes años de su vida en trabajos puramente críticos, no por serlo, menos interesantes y profundos. Solo por la negacion se llega á la afirmacion de ideas positivas; todos han empezado por demoler la vieja sociedad, y lo han hecho casi todos con raro talento. Proudhon, especialmente, ha descargado rudos y certeros golpes sobre todas las ideas del siglo. Cebado en esa obra de destruccion, ha necesitado del grande estallido de febrero para dejar la piqueta y tomar el compás y la escuadra.

Es indudable, cierto: no es fácil el estudio de esos sistemas sociales. Presentan algunos un inextricable dédalo de contradicciones; otros, embozado el pensamiento, gracias á la calamitosa época en que fueron escritos; otros desenvueltas las ideas en una tecnologia particular con que tarda el lector en familiarizarse. Si bien los hay que no han tenido aun otra elaboracion que la de sus autores; otros, y son los mas, han pasado ya por el trabajo de sus respectivas escuelas. No es raro que los disci-

pulos hayan corregido la obra del maestro, y aun dádola otro sesgo. La dificultad en el estudio de estas doctrinas sube de punto.

¿Qué valen empero, todos estos obstáculos para el que ama de corazon la humanidad y desea ver resueltos por la ciencia, y no por costosos ensayos, los problemas que afectan mas de cerca la suerte del hombre? Estudiemos, y ya que conozcamos el estado de la cuestion, meditemos en el silencio de nuestras pasiones á la luz de la razon y la conciencia.

FRANCISCO PI Y MARGALL.

La Giralda.

Las águilas jamás descienden á los valles. Siempre altas, remontan su vuelo por encima de los mas encumbrados campanarios que tienen por base grandiosas montañas.

Complácense en recorrer las puntiagudas agujas de los edificios góticos; haten sus alas sobre las torres aisladas de los monasterios; rápidas pasan con orgullo, humillando las frentes de las estensas moles, que pretenden escalar el cielo.

Y así es la juventud.

Parécele la vida una larguísima escala cuyo fin no ve y sin embargo comienza á subir por ella con tanto brio, valor y entusiasmo, que la region de las águilas solo es para ella un punto de descanso.

Cuando joven se siente en el alma una fuerza poderosa que impele á buscar la vida en otro mundo que no es aquel que nos sustenta; un secreto y misterioso anhelo devora, produce fiebre, causa vértigo, es necesario volar.

El joven ama las alturas.

Al menos en ellas respira y puede descansar.

Y cuando el joven descansa, sueña.

Existe un lugar donde en otro tiempo yo soñaba: monumento que consagran los años, gigante morisco que levanta los hombros para sustentar su cabeza cristiana, allí, en Sevilla, perenne contador de los siglos, llámase la Giralda.

Al son de sus lenguas de bronce que hablan al espacio, al murmullo de un pueblo que mora á sus pies, al rumor de un rio que le rodea, háme gustado dormir. Y una noche de tempestad en que los vientos desencadenados rugían haciendo retremblar la poblacion entera, yo desde las ventanas de la Giralda contemplaba el Guadalquivir, casi cubierto por la niebla.

¡Cuánto gozaba mi alma en la confusion de la tormenta!

Allí estaba la vida. ¡Relámpagos de mil colores que iluminaban las masas oscuras del cielo, rumores distintos que las aguas al correr formaban, fragorosos rugidos de las rotas nubes, silbidos de los vientos encontrados, yo estaba entre vosotros, mi espíritu tambien impulsaba vuestro aliento, animaba vuestra fuerza, apoyaba vuestra voz!

¡Oh! yo gozaba, porque el joven gusta de las alturas, vive en la tempestad.

Mas súbitamente cambió el aspecto de mi anchuroso panorama.

La tempestad huyó con sus veloces alas y la luna brillando sobre la torre, iluminó la noche mas hermosa de mi vida.

La sonrisa del Creador cubrió con su manto de dulzura eterna las florecientes orillas del Guadalquivir, donde

las badas danzaron en torno de las linfas, entrelazadas con sus cintas de blanca espuma.

Verdes naranjos, elevadas palmeras que mayo fecunda, movieron acompasadamente sus anchas copas y saludaron.

El que les da su riego corria por entre las riberas de malvas con serenidad; mas de su seno salió una voz extraordinaria, y al compas del instrumento andaluz entonó esa serie de ayes dolorosos al alma, notas queridas que el árabe dejó olvidadas en nuestro suelo, para que llorasen la pérdida de Granada.

Notas que se estrellaron en el muro de la Giralda.

Yo las escuché; veia la pequeña barca de donde venian.

¡Oh! no las olvido. Música tierna, mágica, despertadora de mi ser, ignoro qué pasó por mí al escuchar tus quejidos.

Grandes hombres y grandes pensamientos, sublimes artistas, gloriosos genios, desfilaron por mi imaginacion.

Yo no veia; confundido, estrechado por ellos latia mi corazon.

La gloria desplegando sus galas bríndame con ellas.

Dulces cantos de amor y esperanza resonaron. Y entre lucientes nubes el genio de la poesia descansaba su diestra sobre mí.

¡Oh! yo juré ser poeta esa noche feliz. Yo no pude exclamar con el gran vate: *poeta fuit, et cantabit*, pero sí pude decir: *yo seré poeta y cantaré*.

Estas todas eran ilusiones que alimenta la juventud: tenia yo quince años.

Desde entonces no he vuelto á subir á la gran torre, mas desde esa época la amo y por ese amor le consagro este recuerdo.

¡Altiva Giralda! yo he visto morir mis ilusiones y aun permaneces en pié: ¡ah! fabricada por el hombre, eres mucho mas fuerte que él, y el polvo de mil generaciones te cubre.

FEDERICO UTRERA.

EL TRABAJO ORGANIZADO.

(Continuacion.)

La variedad de climas y de producciones de los diferentes paises que escitan los viajes y las relaciones por el cambio de productos, son una prueba mas de que el destino de la humanidad es la fusion, la unidad de razas.

Por qué ha dado Dios á cada pais productos diferentes, eternas fuentes de cambios é infinitos goces, sino por sus miras hácia la unidad humana? Y con este mismo objeto ¿no han recibido en compensacion los habitantes de las zonas, poco fértiles, suma actividad y genio inventivo, que los impulsa á confeccionar las telas para los vestidos y cambiarlas por productos de los paises meridionales?

Tan conocido es que la unidad predicada por Cristo es el estado á que tender debe la humanidad, que todas las instituciones políticas y sociales que mas hacen progresar á los pueblos hácia la asociacion y solidaridad, producen el bien, al paso que aquellas que mas tienden á aislarla producen cada vez mayores males. Mil pruebas pudiera aducir en apoyo de esta verdad, pero me apartaria esto mucho de mi objeto.

«La tarea de la humanidad se compone de trabajos

que varian al infinito: hé aquí por qué los hombres no nacen con los mismos gustos, las mismas aptitudes, bien diferentes en esto de los animales, en donde todos son individuos de una misma especie, experimentan idénticas necesidades. El Criador da, por el contrario, á cada uno de nosotros, deseos y vocaciones particulares: unos experimentan instintivamente un gusto decidido por la música, la poesia, la pintura; otros por la matemática, las ciencias exactas: éstos por la mecánica, los trabajos manuales, y casi todos por la jardinería ó cualquiera otro ramo del cultivo.

«Y cada uno de nosotros trae al nacer muchas vocaciones, porque los trabajos mas esenciales, los del cultivo de la tierra, no reclaman los brazos sino una parte del año. Ahora bien, el gran astrónomo no multiplica inútilmente los resortes: si, pues, un hombre puede bastar para diez trabajos diferentes, no creará Dios diez vocaciones para cada uno de esos diversos trabajos.

«Estamos autorizados para creer que hay vocaciones para todos los trabajos, y en número proporcional á las exigencias reales de ellos, pues si otra cosa fuera, seria esta la primera vez que hubiesemos visto á la naturaleza imprevisora. ¿Y no es cierto, por otra parte, que las artes mas útiles, y que reclaman mayor número de brazos, como el cultivo, la mecánica, las construcciones, y entre las bellas artes la música, son mas que ninguna otra, del gusto de los niños? Ahora bien, debemos estudiar las intenciones del Criador en el niño, en quien, no estando falseadas aun sus inclinaciones naturales pueden con facilidad reconocerla.

«El hombre ha recibido otros muchos instintos de los que hablaremos á su tiempo.

«Pasemos ahora á la investigacion de los estimulantes encargados de hacer emplear al hombre las fuerzas y los instrumentos de que dispone, y tratemos de descubrir de qué manera dichos estimulantes lo llevan al desempeño de la noble tarea que Dios le ha confiado.

II.

De los estimulantes del hombre y de su mision.

«En el importantísimo asunto de que vamos á ocuparnos, ha de entenderse por *estimulante* toda necesidad, todo deseo, toda aspiracion que determina la voluntad.

«Hemos visto que los animales cumplen su mision á impulso de sus estimulantes propios: debemos, pues, creer *a priori* que los estimulantes concedidos igualmente al hombre tienen por objeto el compelerlos al cumplimiento de su destino: en efecto, con qué otro objeto podrian haber sido creados? Y por otra parte si el gran ecónomo no emplea mas que una sola fuerza, la *atraccion fisica* para formar todos los cuerpos brutos, crear y conservar los mundos, sostener y guiar los soles en el espacio, es indudable que ha debido crear otra fuerza, á la que llamaremos, por oposicion á la primera *atraccion pasional*, bastante completa y comprensiva para poder arrastrar el género humano, al grandioso objeto que le designó su omnipotencia.

«Espero, estudiando esta ley de amor que conduce por *atraccion* las criaturas vivientes, probar *a posteriori* la razon de ser de todos nuestros estimulantes, y su perfecta relacion con el destino humanitario.

«Independientemente de los instintos de que hemos hablado, y de otros muchos de que hablaremos despues, instintos que no colocamos en la categoría de los estimulantes, en atencion á que no se presentan sino por

accidentes ó solo en corto número de individuos, el hombre tiene por móviles principales de sus acciones trece estimulantes; cinco sensitivos y ocho anímicos.

«Los cinco estimulantes sensitivos corresponden á la necesidad de satisfacer los cinco sentidos: veamos su utilidad. «Todos los hombres experimentan el deseo de satisfacer sus sentidos, pero no todos de la misma manera: lo que á uno agrada, á otro desagrada. Y Dios ha querido esta diferencia en los gustos del hombre, para que nada se despreciase en nuestra vasta tarea, para que nada se perdiese en el gran banquete á que hemos sido convidados.

«Nuestros sentidos, como todas nuestras otras facultades pueden perfeccionarse con el ejercicio. El Criador nos hace conocer así su deseo de que todos estén en ejercicio.

«Nuestros sentidos se hacen mas exigentes á medida que encuentran medios de satisfacerse, y esto sucede evidentemente á fin de que seamos escitados sin cesar á perfeccionarlo todo: nuestros campos y todo lo que nos rodea, para las exigencias de la *vista*; las lenguas, la música, para las del *oído*; los frutos, las plantas, los animales, para las del *gusto*; nuestros vestidos y nuestras habitaciones, para las del *tacto*.

«Los ocho estimulantes anímicos son:

«El *sentimiento religioso*, estimulante por excelencia, formado de la reunion de todos los otros estimulantes, como el rayo blanco está formado de todos los rayos colorados del espectro solar.

«Después vienen los cuatro efectivos, *amistad*, amor, *ambición*, *familismo*, ó amor de familia.

«En fin, tres distribuidos, el *entusiasmo*, la *necesidad de rivalidad*, y la *necesidad de variar*.

Vamos á examinar sucesivamente estos estimulantes; y á buscar su razon de ser.

«El hombre desea la riqueza que le procura los medios de satisfacer sus necesidades; desea la salud, sin la cual no hay goces completos aquí abajo; en una palabra el hombre desea la felicidad hacia la cual tiende con todas las fuerzas de su alma. Sin embargo, no ha nacido egoísta, pues no puede ser perfectamente dichoso sino en tanto que su familia, sus amigos, el género humano entero lo sea igualmente: los dolores de otro, los de los animales mismos, lo hacen sufrir. El hombre siente y ama la justicia, el orden, lo bello, lo verdadero; desea estar en armonia con la creacion entera; con el Criador; en una palabra, está dotado del *sentimiento religioso*, que ata el hombre á la humanidad y á Dios.

«Este estimulante es sin contradiccion el mas noble, el mas sublime de los atributos humanos y nos separa de una manera clara y distinta de todas las otras criaturas terrestres.

«Una de las misiones del sentimiento religioso es ciertamente impulsar al hombre á hacer reinar el orden en todos sus trabajos y la justicia en todas sus relaciones con sus hermanos.

«Los tres primeros estimulantes afectivos, la amistad y el amor familiar tienen entre otras misiones la de redoblar el ardor en nuestros trabajos por el deseo de agradar á las personas á que estamos unidos por tan dulces lazos. Quién ignora el poderoso ascendiente que estas pasiones han tenido en todos tiempos, y por las cuales se han consumado tantos prodigios y sacrificios.

Han sido claras estas tambien, por la inagotable bondad del Criador, para esparcir un infinito encanto sobre todos los instantes de nuestra vida. ¡Por qué ha de ser, ¡ay! que con presentes de tan inefable dulzura se destro-

ce la sociedad en el caos, produciendo frutos tan amargos!

«Comprenderé esto con facilidad: tales estimulantes deben ser pasajeros en los animales, porque sus misiones tienen que cumplir y son pasajeras: en el hombre por el contrario, encargados ellos de impulsarlos á un trabajo que dura tanto como su vida, debian ser permanentes; ó al menos, sucederse, y por decirlo así, completarse el uno por el otro, y por consecuencia desde que uno de esos estimulantes se debilita, otro debe crecer proporcionalmente, á fin de que el hombre se sienta escitado sin interrupcion en distinguirse por el deseo de agradar á un objeto amado, de modo que su corazon nunca esté vacío.

«Y así es como acontece: la amistad predomina en nuestra infancia, el amor en nuestra juventud, la ambición en nuestra edad madura, y el amor familiar en nuestra vejez. No quiero decir con esto que muchos estimulantes afectivos no puedan compartirse en nuestro corazon. Lejos de ello, muchos reinan en él ordinariamente al mismo tiempo. Hay individuos de un carácter privilegiado y de alto título, en que todos cuatro mandan con fuerza; tal era nuestro buen Enrique IV, que debe sin duda á esta poderosa necesidad de afeccion, haber dejado un nombre que será aun por mucho tiempo grato al pueblo mas simpático de la tierra.

«Hablarémos algo mas de la ambición.

«Los cinco estimulantes sensitivos y los tres afectivos, de que acabamos de hablar, están encargados evidentemente de impelernos al trabajo y escitar nuestro ardor. Pero hasta el presente nada nos dice cómo nuestros trabajos deben organizarse para que correspondan á las miras del Criador. Sin embargo, si la humanidad entera debe tomar parte en la obra prodigiosamente compleja que le está confiada, indudable es que no debe entregarse á esta obra confusamente y sin orden; pues Dios, la suprema armonia, que se ha cuidado de ordenar el trabajo de los castores y de las abejas, las hormigas y otros animales que viven en sociedad, no ha podido querer el desorden y confusion en el trabajo por excelencia, *el que continúa en cierto modo la obra divina de la creacion sobre la tierra*.

«Es evidente por otra parte que si el trabajo de la humanidad debiera ser siempre incoherente, si la sociedad debiera ver indefinidamente á sus trabajadores en encarnizada é implacable guerra, Dios, que nada hace inútil, no nos hubiera dado el sentimiento y la necesidad del orden.

«Así, no podemos dudarlo, la Providencia quiere ver reinar el orden sobre la tierra. Y para descubrir cómo ella quiere que se introduzca aquí el orden, procedamos como lo hemos hecho cuando hemos querido conocer la voluntad del Criador, con respecto á la criatura: estudiemos las necesidades que ha puesto en ella.

«Vamos, pues, á penetrar de nuevo en el corazon del hombre.

—Suplico al lector redoble aquí su atencion, pues vamos á hablar de estimulantes poderosos, incomprensibles, indomables; mirados hasta estos últimos tiempos, como faltas ó vicios por los filósofos y moralistas, que no descubriendo su utilidad, la niegan; en lo que son menos sabios que los médicos, que no niegan la utilidad del bazo, por mas que ignoren todavía la funcion que este órgano desempeña.

«Estos estimulantes de que queremos hablar son los tres anímicos que hemos nombrado distributivos, á saber: el *entusiasmo*, la *necesidad de rivalidad* y la *necesidad de variar*. Estos estimulantes se llaman así, por-

que su incontestable mision es distribuir y organizar el trabajo. Pero antes de demostrarlo debemos hacer notar que Dios, habiendo criado al hombre eminentemente sociable, nos muestra por este medio que *no quiere que trabaje aislado*. Nosotros necesitamos á cada instante unos de otros, y no podemos satisfacer ninguno de nuestros estimulantes anímicos sin el concurso de uno ó de muchos de nuestros semejantes. La necesidad de reunirnos, que llamaremos *amor de grupo*, es inherente á nuestra naturaleza: en todo lugar, en todo tiempo, salvaje ó civilizado, joven ó viejo, rico ó pobre, sabio ó ignorante, el hombre busca la sociedad del hombre para compartir sus trabajos ó sus placeres.

«No es bueno que el hombre esté solo,» dice la Escritura en mas de un lugar.»

(Continuará.)

Un cuerpo gangrenado no puede curarse en detalle llaga á llaga, úlcera á úlcera; necesita una trasmision de sangre nueva.—*Mirabeau*.

El hombre, como las plantas, necesita para desarrollarse y dar fruto, una tierra, un ambiente y un cultivo proporcionados á su naturaleza. La sociedad, sin embargo tiene mucha menos consideracion con las criaturas humanas que el mas torpe jardinero con sus plantas; y cuando á consecuencia del abandono ó del mal cultivo, los hombres no dan los frutos que debian dar, en lugar de cultivarlos aun la sociedad los acusa de su propia falta, castigándolos por su esterilidad de que ella es la principal responsable.—*Fernando Garrido*.

Nada se puede aceptar de un malvado, so pena de envilecerse.—*Madama Rolano*.

Quien dice ignorancia, dice ceguedad, preocupaciones, error, supersticion, despotismo, arbitrariedad, humillacion, miseria é inmoralidad.—*Victor Hugo*.

Los déspotas prefieren hacer gracia á administrar justicia.—*Robans*.

La riqueza de las naciones no consiste solo en producir mucho, sino repartirlo bien.—*Joaquin Abreu*.

No hay cosa peor que las medidas fuertes tomadas por hombres débiles.—*Bonald*.

Todos los objetos aumentan de valor á medida que son mas raros, mas dificiles de encontrar: sin embargo, la virtud á pesar de encontrarse rara vez, es despreciada en todas partes.—*Fernando Garrido*.

Se necesita tiempo para disciplinar á los esclavos del despotismo; pero todo el mundo es soldado cuando combate la tiranía.—*Condorcet*.

Si el trabajo es el destino del hombre ¿quién osaría afirmar que no ha de encontrarse en él la verdad?—*Pedro Luis Huarte*.

El pensamiento libremente espresado evita las revoluciones.—*Emilio Castelar*.

Pensar es sinónimo de existir, sin embargo, hay muchos individuos que existen pero no piensan.—*Rafaela Domí*.

Por los artículos no firmados:—**JUAN MOLINA**

El cambio universal.

Con este titulo se acaba de establecer una Sociedad comercial en Madrid, que por un sistema de cambio nuevo y especial, conocido ya en el extranjero, facilita todas las operaciones mercantiles de transaccion, aumentando de este modo la circulacion, base de la prosperidad del comercio é industria.

Esta misma empresa publica un periódico que tiene por objeto, además de la esplicacion de su sistema, la cotizacion de todos los artículos de comercio de Madrid y de las principales plazas de España y del extranjero, dando noticias igualmente del modo práctico cómo se hace el comercio en general y en particular en dichos puntos.

Esta empresa pondrá sucursales y agencias en las capitales de provincia y demas puntos de importancia para facilitar mas las operaciones: de modo que por esta empresa puede decirse que todos los industriales y casas de comercio tienen un representante en la corte y en todas las provincias para todos los objetos de comercio, bien sea para venta, para compra y hasta para trasporte.

El periódico se publica tres veces á la semana, y cuesta 46 reales trimestre en casa de los corresponsales, y 14 haciendo la suscripcion directamente, para lo cual, asi como para pedir cuantas esplicaciones se deseen, podrán dirigirse á las oficinas de la misma empresa, calle de Jacometrezo, numero 26, principal.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz 3 rs. un mes: 8 rs. tres meses: 15 seis meses: 26 un año llevado á domicilio. Fuera 10 rs. trimestre, 19 el semestre, y 35 un año; advirtiéndose que no se servirá suscripcion que no se pague adelantada.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Cádiz en la imprenta de D. José María Guerrero, calle de San José, esquina á la de Armengual, y en su redaccion calle de San Rafael número 13 moderno; donde se dirigirán toda clase de reclamaciones.

Fuera, en las principales librerías.

Este periódico se publica los dias 10, 20 y 30 de cada mes.

EDITOR RESPONSABLE:

Don Pedro Luis Carniago.

CADIZ: 1858.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA GUERRERO,
calle de S. José esquina á la de Armengual.